

á los que iban á ahogarse, y la embarcación, por un milagro, se agrandaba, adquiriendo en breve tiempo capacidad suficiente para contener á una muchedumbre tan numerosa como la que se había reunido la noche anterior en el Ostriano. Vinicio no sabía explicarse cómo podía la barca conducir aquella multitud siempre creciente y temía que todos iban á perecer; pero Licia le consolaba señalándole una luz que iluminaba el puerto, adonde se dirigían. Sobre la orilla apareció una figura hacia la cual hizo proa el apóstol. A medida que se iban aproximando, el cielo se serenaba, se amansaban las olas y la luz brillaba con más fuerza. Las personas reunidas en la barca cantaban armoniosos himnos, mientras la atmósfera se iba impregnando del perfume de los nardos. Las ondas formaban un hermoso iris, y sobre ellas flotaban rosas y lirios en gran profusión. Por fin, la barca atracó á la orilla, sana y salva. Licia, cogiéndole la mano, dijo: «Ven, quiero conducirte yo misma.» Y se encaminaron hacia la luz.

Vinicio se despertó otra vez; pero la impresión del sueño no se desvaneció en seguida, antes bien le dominó largo rato, sin dejarle volver á la realidad de la vida. Creyó encontrarse aún sobre el lago, en medio de una inmensa muchedumbre, entre la cual, sin saber por qué, buscaba á Petronio, extrañándole no verle por allí. La viva luz de las llamas del hogar, junto al cual no estaban ya los cristianos, le hizo volver en sí. Algunos trozos de olivo ardían bajo las cenizas; ramas de pino chirriaban alegremente, y al mismo tiempo iluminaban á Licia, sentada á poca distancia del lecho.

Su presencia conmovió profundamente al herido. Recordó que aquella débil muchacha había pasado la noche en el Ostriano y el día enteró velándole; y ahora, cuando todos yacían sumidos en el sueño, ella sola estaba á su lado. Sus párpados bajos y todo su semblante denotaban su cansancio; Vinicio no podía distinguir si dormía ó si estaba absorta en profundas reflexiones. Contemplaba su perfil, sus manos abandonadas sobre el regazo, y á su espíritu pagano acudió por primera vez la idea de que, además de la belleza exterior, existía otro género de belleza, casta y pura, asilo de un alma noble.

No se decidía á llamar cristiana á esa belleza; y sin embargo, no podía figurarse á Licia sin esa religión que practicaba. Pensaba que si ella, después de retirarse los otros, velaba sola junto al lecho de aquel que tanto daño le causara, era únicamente porque su fe se lo imponía. Y este pensamiento le desagradaba, por más que la doctrina le llenase de admiración. Hubiera preferido tener la convicción de que Licia procedía de aquel modo por amor hacia él, por amor á sus ojos, á su cara, á toda su persona; hubiera querido verla impulsada por aquel afecto que sintieron cuantas griegas y romanas ciñeron á su cuello los blancos brazos. Pero al mismo tiempo comprendía que si Licia hubiera sido lo que las otras mujeres, no le hubiera satisfecho como le satisfacía viéndola completamente distinta.

Nuevas impresiones, hasta entonces no sentidas por él, despertaron en su espíritu, hasta el punto de admirarse de sí mismo.

Levantando los ojos, Licia observó que Vinicio fijaba los suyos en ella. Se acercó al lecho.

— ¡Estoy contigo!

— ¡En sueños he visto tu alma!, respondió el enfermo.

XXVI

A la mañana siguiente Vinicio se despertó algo débil, pero tranquilo y sin fiebre. Creyó que un ligero murmullo le había desvelado y miró en torno, no encontrando á Licia. Ursus, de rodillas delante del hogar, buscaba los carbones encendidos entre las cenizas; al encontrarlos se puso á soplar con toda la fuerza de sus pulmones. Vinicio, recordando cómo había matado á Crotón aquel hombre, lo contempló detenidamente, como conocedor de luchas y pugilatos, admirando aquellas espaldas ciclópeas y aquellos poderosos miembros.

«Gracias sean dadas á Mercurio que me defendió de sus garras, pensó Vinicio. ¡Por Pólux! Si todos los licios son como éste, mucho les queda aún que hacer á las legiones danubianas.»

Después le llamó:

— ¡Eh, tú, esclavo!

Ursus se volvió y le dijo sonriendo, casi en tono familiar:

— Dios te dé buen día y buena salud, señor; pero yo no soy esclavo, sino libre.

Estas palabras produjeron buena impresión en Vinicio, que quería hacer á Ursus algunas preguntas acerca de la patria de Licia, porque hablar con un hombre libre, aunque de inferior condición, era para su orgullo de romano y de patricio menos repugnante que conversar con un esclavo, al cual ni la ley ni la costumbre reconocían una naturaleza humana.

— ¿De modo que tú no perteneces á Aulo?

— No, señor; yo sirvo á Calina, como serví á su madre, por mi espontánea voluntad.

Hablando así, sopló otra vez el fuego, en el que había echado más leña. Después añadió:

— Entre nosotros no hay esclavos.

— ¿Dónde está Licia?

— Ha salido y yo estoy aquí para prepararte algún alimento. Ella veló toda la noche junto á tu lecho.

— ¿Y por qué no la has substituído algunas horas?

— No ha querido y yo debo obedecerla.

Sus ojos adquirieron una expresión de tristeza, y después de un instante prosiguió:

— Si no la hubiese obedecido, tú no vivirías á estas horas.

— ¿Te sabe mal no haberme matado?

— ¡Oh, no, señor; Cristo nos ordena no matar!

— Pero ¿Atacino y Crotón?

— No pude hacer menos.

Y miró, afligido, sus manos que aún eran paganas, aunque su corazón se había abierto á la nueva doctrina. Puso una olla en el fuego y permaneció un rato contemplando la llama.

— ¡Tuya fué la culpa, señor!, terminó diciendo. ¿Por qué te atreviste á poner la mano sobre ella, sobre la hija de un rey?

El orgullo ofendido comenzó á agitarse en el pecho de Vinicio, al pensar que un plebeyo, un bárbaro, no sólo se atrevía á conversar con él familiarmente, sino á criticar sus actos. Le parecía que iban á continuar los acontecimientos extraños é inesperados del día anterior. Pero, sintiéndose débil é indefenso, procuró dominarse, contribuyendo á ello la curiosidad por conocer algo relativo al pasado de Licia. Tranquilizóse un poco y escuchó el relato de la guerra de los licios contra Vanio y los suevos. Ursus refería los hechos detalladamente, aunque poco tenía que añadir á lo que Aulo Plaucio solía narrar. Él no había tomado parte en la guerra; pero había conducido á los rehenes al campamento de Atelio Isterio. Sabía sólo que los licios habían batido á los suevos y á los yasigos; pero que su jefe y rey había caído herido de muerte. Después recibieron la noticia de que los senones habían incendiado todos los bosques, hasta los límites de su país, por lo cual regresaron precipitadamente para vengar la ofensa sufrida; los rehenes quedaron con Atelio, que al principio les hizo tributar honores reales. Muerta la madre de Licia, el jefe romano no supo qué hacer de la niña. Ursus de buena gana hubiera huído con ella hacia la patria; pero los caminos estaban infestados de fieras y de tribus salvajes. A la vez divulgóse la noticia de que embajadores licios habían visitado á Pomponio, ofreciéndole un apoyo contra los marcomanos, y Atelio le mandó á Licia con Ursus. Pero llegados á su campamento, supieron que no había habido tales embajadas, permaneciendo, no obstante, á su lado y marchando con él á Roma, donde Pomponio, después de su entrada triunfal, entregó la hija del rey licio á Pomponia Grecina.

Aunque nada nuevo para Vinicio contenía este relato, lo escuchó con vivo interés, halagando su desmesurado orgullo la confirmación, por un servidor leal de la casa, de que Licia era de estirpe real. Como hija de rey, hubiera podido ocupar en la corte de César el mismo puesto que las hijas de los principales patricios romanos, tanto más cuanto que la nación de que fué rey su padre no había sido nunca enemiga de Roma. Los licios podían ser peligrosos para los romanos, pues según afirmaba Atelio Isterio, disponían de mucha milicia. Ursus confirmaba también este hecho.

— Vivimos en las florestas, respondió á Vinicio, pero poseemos tanta tierra que nadie conoce los límites y está habitada por un pueblo numerosísimo. Allí tenemos ciudades construídas de madera, en donde reina la abundancia, porque nos apropiamos todo el botín de los senones, de los marcomanos, de los vándalos y de los quados. Ellos no se atreven á asaltarnos; pero cuando el viento les favorece, incendian nuestros bosques. Nosotros no les tememos, como no tememos al emperador romano.

— Los dioses concedieron á Roma el señorío sobre toda la tierra, observó Vinicio severamente.

— Los dioses son espíritus malvados, respondió Ursus con sencillez; donde no hay romanos, no existe tampoco su señorío.

Después, contemplando el fuego, continuó:

— Cuando César llamó á Calina al palacio y temí que le ocurriese cualquiera desgracia, sentí la necesidad de volver á nuestros bosques y reunir un número de licios para socorrer á la hija de nuestro rey. Y los licios hubieran marchado hacia el Da-

nubio, porque, aunque paganos, son muy valientes. Allí hubiera llevado también la alegre nueva. Pero apenas vuelva Calina al lado de Pomponia, le pediré de rodillas que me permita ir á difundirla. ¡Cristo nació tan distante de nuestro país!.. Si hubiese venido al mundo en nuestros bosques, seguramente no le habiéramos atormentado y muerto. Hubiéramos velado al Niño Dios y no le hubiera faltado nada: todo el botín de los marcomanos y de los suevos hubiera sido suyo.

Durante este soliloquio, había colocado sobre el fuego el alimento destinado á Vinicio. Luego calló; probablemente tenía el pensamiento lejos, muy lejos, en las florestas licias, entre su gente. Despertó á la realidad cuando el caldo empezó á hervir. Lo vertió en una especie de plato, y dejándolo enfriar, dijo:

— Glauco recomendó que no movieras, á ser posible, ni el brazo sano; por esto Calina me ha ordenado que yo mismo te dé la comida.

¡Licia lo había ordenado! No era cosa de oponerse, ni se le ocurrió á Vinicio, como si la orden hubiera partido de la hija de César ó de cualquiera divinidad. No replicó una palabra y dejó que Ursus, arrodillado junto á su lecho, vertiese el líquido del plato en una escudilla y se la acercase á los labios. Cumplía su cometido con tanta bondad y tanta delicadeza, que Vinicio no daba crédito á sus propios ojos. ¿Cómo era posible reconocer en él al terrible titán que la noche antes había destrozado á Crotón, al que después le había cogido á él por el cuello con la violencia de un huracán y que, á no ser por Licia, le hubiera aplastado como una hormiga? Por primera vez en su vida, el joven patricio se cuidaba de averiguar qué era lo que podía encerrarse en el pecho de un hombre sencillo, de un bárbaro, de un siervo.

El éxito no correspondía á la buena voluntad de Ursus. La escudilla desaparecía completamente entre sus manos hercúleas y el enfermo no sabía dónde poner los labios. Después de algunas tentativas inútiles, Ursus, azorado, exclamó:

— ¡Me sería más fácil librar á un bisonte de su lazo!

El azoramiento de Ursus divertía á Vinicio, pero aún le interesó más esta última observación del licio.

— ¿Has probado coger á esas bestias por los cuernos?, preguntó admirado.

— Durante los primeros veinte años de mi vida tuve miedo, respondió Ursus; pero después me acostumbré.

Y como le fuese cada vez más difícil dar á Vinicio la bebida:

— Voy á rogar á Miriam y á Nazario que me ayuden, añadió.

En aquel instante, entre los pliegues de la cortina, apareció el pálido rostro de Licia.

— ¡Aquí estoy yo!, dijo.

No tardó en salir del *cubiculum*. Vinicio, que al ver á la joven sintió viva emoción, no quería que renunciase al reposo. Pero Licia replicó con dulzura:

— Es verdad; me disponía á descansar y me retiraré en cuanto haya suplido á Ursus en esa tarea.

Cogió la escudilla é hizo tomar su contenido al enfermo, que estaba pálido de emoción y alegre al mismo tiempo. Reconocía que existía para él un ser querido y precioso, sin el cual el mundo no tenía ningún valor.

Primero la había deseado, ahora empezaba á amarla de corazón; antes, como todos sus compañeros de placeres, no era más que un egoísta ciego y absoluto, incapaz de pensar en otro que no fuera él mismo; ahora su corazón se ocupaba de otra criatura.

No quiso tomar nada más, y aunque se consideraba inmensamente feliz al lado de Licia, le dijo, sin embargo:

- ¡Basta! ¡Ve á descansar, divina!

- No me hables así, respondió Licia; yo no debo oír semejantes palabras.

Con dulce sonrisa le aseguró que ya no tenía sueño, que se sentía repuesta del cansancio y que permanecería junto á él hasta la llegada de Glauco.

El enfermo escuchaba esas palabras como si hubieran sido música divina. Su corazón se iba llenando de entusiasmo y de gratitud siempre crecientes.

- ¡Licia!, dijo después de un rato de silencio, yo no te conocía; ahora comprendo que habías equivocado el camino para llegar hasta ti. Sinceramente te digo: vuelve á casa de Pomponia y ten la seguridad de que nadie se atreverá á tocarte de hoy en adelante.

De improviso se dibujó en el rostro de Licia una expresión de tristeza.

- Estaría contentísima si me fuera posible ver á Pomponia, aunque fuera desde lejos; pero ahora no puedo volver á su lado.

- ¿Por qué?, preguntó sorprendido Vinicio.

- Nosotros los cristianos sabemos por medio de Acté cuanto ocurre en el Palatino. ¿No has oído decir que César, después de mi fuga y antes de su salida para Nápoles, mandó llamar á Pomponia y á Aulo, y creyendo que ellos me habían ayudado, les amenazó con su cólera? Por fortuna, pudo Plaucio decirle: «Ya sabes, señor, que nunca una mentira contaminó mis labios; te juro que nosotros no le hemos facilitado la fuga, y de lo que pueda haberle ocurrido sabemos tanto como tú.» César creyó y olvidó el asunto. Por consejo de los ancianos no escribí á Pomponia dónde me hallaba; así es que ella puede jurar tranquilamente que no sabe nada acerca de mí. Tú no comprenderás esto, Vinicio; pero la mentira no está permitida nunca, ni aun tratándose de defender la vida. Así nos lo ordena nuestra religión. Por esto, desde que abandoné su casa no he vuelto á ver á mi madre adoptiva. De vez en cuando sabe indirectamente que vivo y estoy libre de todo peligro.

Tales recuerdos affigieron el corazón de Licia y las lágrimas humedecieron sus ojos. Pero al poco rato, dominando su dolor, continuó:

- Sé también que Pomponia desearía tenerme á su lado, pero nosotros tenemos consuelos que los demás desconocen.

- Sí, respondió Vinicio, Cristo es vuestra confortación; pero yo no comprendo nada de esto.

- Fíjate un poco. Para nosotros no existen sufrimientos, desmayos, ni dolores; éstos, á veces, se cambian en goces. Y la misma muerte, que para vosotros significa el fin de la vida, es para nosotros el principio, el cambio de una felicidad incierta y pasajera por otra más pura y eterna. Medita el precioso tesoro que encierra una religión que nos ordena amar á nuestros enemigos, que prohíbe la mentira, purifica el alma del odio y promete una felicidad infinita después de la muerte.

- Oí esta doctrina en el Ostriano y he visto cómo os habéis portado conmigo y con Quilón; vuestros actos me parecen un sueño, y dudo de mis ojos y de mis oídos. Pero responde á una pregunta: ¿eres feliz?

- Sí, lo soy, respondió Licia; el que reconoce á Cristo no puede dejar de serlo.

Vinicio la miró con expresión de sorpresa, como demostrando que todo lo que había oído superaba á todas sus expectativas.

- ¿Y no desearías volver al lado de Pomponia?

- Lo deseo con toda mi alma, y cuando Dios quiera volveré á verla.

- Por esto te digo que vuelvas y te juro que no pondré la mano sobre ti.

Licia, después de reflexionar un instante, dijo:

- No, no debo exponer á ningún peligro á los que quiero. César no ve con buenos ojos la casa de Plaucio. Si yo volviera allí, este hecho sería el tema de todas las conversaciones en una ciudad donde los esclavos publican todas las noticias. Nerón llegaría á saberlo; Aulo y Pomponia serían castigados..., siendo el menor castigo el sacarme otra vez de su casa.

- ¡Es verdad! Así procedería, aunque no fuese más que para demostrar que nadie se opone á su voluntad impunemente. Ha olvidado, de seguro, que fui yo y no él quien sufrió la pérdida. Pero tal vez te reclamara á Pomponia y Aulo para que me fueras entregada, y yo te restituiría á tus padres adoptivos.

- ¡Vinicio!, ¿querrías verme otra vez en el Palatino?, preguntó Licia.

- ¡No! ¡Tienes razón! Estoy loco... ¡No, no!

Un espantoso abismo se abría ante sus ojos. Era un patricio, un tribuno, un poderoso de la tierra; pero sobre todas las altas personalidades del mundo á que pertenecía reinaba un demente, cuyos caprichos y maldades no podían preverse. No contar con Nerón, no temerle, sólo era posible á los cristianos, á gentes para quienes la tierra, con sus separaciones, sus dolores, y sus lágrimas no era nada, y nada era la muerte. ¡Todos los demás debían temblar ante él! Vinicio, con los ojos de la mente, penetró en el abismo de corrupción de su tiempo, examinando su fondo y la inmensa extensión de su perversidad.

No podía devolver á Licia á Pomponia y Aulo, por temor de que el monstruo se acordase de ella y desatara su furor contra la joven cristiana. Vinicio empezaba á comprender que si el mundo no sufría una transformación, la vida se haría imposible, y entendía también lo que hasta entonces le había resultado obscuro, esto es, que en aquellos tiempos sólo los cristianos podían ser felices.

Más que nada le atormentaba la idea de que él había sido causa de todas las complicaciones en su propia existencia y en la de Licia, hasta el punto de parecerle muy difícil llegar á un término satisfactorio. Bajo la influencia de este pensamiento, se le ocurrieron algunas consideraciones y recuerdos, que expuso á Licia en esta forma:

- ¿Sabes tú que eres más feliz que yo? Tú vives en la indigencia, en esta pobre habitación, entre gente sencilla; tienes tu religión, tu Cristo; yo, en cambio, te tengo á ti sola, y cuando tú me faltabas yo no era más que un mendigo sin pan y sin hogar. ¡Te quiero más que al mundo entero! Yo te busqué, porque sin ti, para mí no había vida, reposo ni alegría. Si no me hubiese sostenido la esperanza de encontrarte, me hubiera atravesado el pecho con mi espada. Pero yo tengo miedo de la muerte, porque muerto ya no te veré más. Al jurarte que no puedo vivir sin ti, te digo la verdad. ¿Recuerdas nuestro coloquio en casa de Aulo? Tú dibujaste un pez sobre la arena, pero yo no conocía su significado. ¿Recuerdas cuando jugamos á los balones? Ya entonces te amaba más que á mi vida y tú lo adivinaste. Pero Aulo vino á interrumpir nuestra conversación. Al despedirse, dijo Pomponia á Petronio que creía en un solo Dios omnipotente y justo; pero estábamos muy lejos de pensar que su Dios y el tuyo fuese Cristo. Ruégale que me conceda la dicha de que seas mía y le amaré, aunque me parezca que sólo es el Dios de los esclavos, de los mendigos y de los extranjeros. ¡Estás junto á mí y no piensas más que en Él! Piensa en mí también, de lo contrario me obligarás á odiarle. Para mí tú eres la única divinidad. ¡Benditos sean tus padres y bendita la tierra que te vio nacer! ¡Yo quisiera abrazar tus rodillas, tributarte homenaje y ofrecerte sacrificios, oh tres veces divina! ¡No sabes, no puedes saber cuánto te amo!

Puso una mano sobre su pálida frente y cerró los ojos. Vinicio desconocía todo límite, así en el amor como en la ira; hablaba con la viveza de un hombre

que, no sabiendo dominarse, no puede medir sus palabras ni sus sentimientos; pero hablaba con sencillez y según le iba dictando el corazón. Se veía que el dolor, el éxtasis, el deseo y el respeto acumulados en su alma habían roto el dique á modo de torrente impetuoso. A Licia aquellas frases le producían el efecto de blasfemias, latiéndole el corazón con inusitada violencia, sin poder reprimir un vivo sentimiento de piedad por él y por sus penas. El respeto con que él le dirigía la palabra no podía menos de conmoverla; se veía amada, adorada; comprendía que aquel hombre violento y fiero le pertenecía en alma y cuerpo, como un esclavo, y la conciencia de tal sumisión y de su poder la llenaba de júbilo. En aquel momento todos los recuerdos se agolparon á su mente. Veía al espléndido Vinicio de otros días, hermoso como un dios pagano; él, que le había hablado apasionadamente en casa de Aulo, y que antes que nadie había despertado su corazoncito virginal á la vida del amor; él, de cuyos brazos ardientes fué arrancada por Ursus aquella noche en el Palatino, como si se hubiese tratado de salvarla de las llamas. En cambio ahora, con la expresión de dolor pintada en su rostro, con su frente pálida y su mirada suplicante, herido, abatido, amante tímido y respetuoso, se le aparecía como lo había deseado, como se lo había imaginado, queriéndole y adorándole más que en aquellos días. Comprendió, no obstante, que podía llegar un momento en que su amor, invadiéndola, la envolviese toda como en una turbonada. Y otra vez sintió la impresión de hallarse al borde de un abismo. ¿Para esto había abandonado la casa de Aulo? ¿Para esto se había salvado con la fuga? ¿Para esto había permanecido oculta largo tiempo en un miserable extremo de la ciudad? ¿Quién era ese Vinicio? Un cortesano de Nerón, un militar, y peor aún, compartía la vida disoluta y las locuras de César. Aquel inolvidable banquete lo demostraba suficientemente. Frecuentaba con los demás los templos y ofrecía sacrificios á dioses despreciables, á los cuales, sin creer en ellos, tributaba públicos honores. Además había tratado de hacerla su esclava y concubina, de arrastrarla hacia aquel horrible mundo de corrupción, de delitos y de deshonra, que había de atraer sobre sí la cólera divina.

Ahora parecía cambiado; aun cuando había manifestado que si Licia pensaba en Cristo más que en él, odiaría á Cristo. Y á Licia la sola idea de otro amor que no fuese el de Cristo le parecía un pecado contra Él y contra su doctrina.

Durante esta lucha interna se presentó Glauco para informarse del estado de su enfermo.

La ira y la impaciencia se dibujaron en el rostro de Vinicio, viendo interrumpido su coloquio con Licia. A las preguntas de Glauco respondió casi con desdén, reprimiendo con trabajo su ira. Si Licia se abandonó á la esperanza, si creyó que las palabras oídas en el Ostriano habían modificado el carácter impetuoso de Vinicio, no tardó en llevarse un amargo desengaño. Había cambiado con respecto á ella solamente. Para los demás conservaba el mismo corazón áspero y egoísta, un corazón no sólo incapaz de sentimientos nobles, sino de la gratitud más rudimentaria.

Licia se alejó triste y apesadumbrada. Hasta aquel momento, en sus oraciones había ofrecido á Dios un corazón puro y sincero. En el cáliz de la flor había penetrado un insecto venenoso, que había empezado su obra destructora. Ni el sueño tuvo piedad de ella, por más que no había pegado los ojos durante dos noches. Cayó por fin en un ligero sopor y se presentó á su imaginación el Ostriano, donde Nerón, á la cabeza de un regimiento de cortesanos, bacantes, acróbatas y gladiadores, pasaba en un carro adornado de rosas, aplastando á una turba de cristianos: Vinicio la cogía fuertemente por los brazos, la arrastraba hacia la cuadriga, y estrechándola contra el pecho, murmuraba: «¡Ven con nosotros!»

XXVII

Desde aquel momento Licia se presentó con menos frecuencia en aquella habitación, siendo más breves sus visitas al enfermo. A pesar de esto, su corazón no recobraba la paz. Observaba la mirada suplicante con que Vinicio la contemplaba esperando una palabra suya con ansia inefable; veía que él sufría; pero no se atrevía á lamentarse por temor de que ella se alejase aún más; comprendía que su curación, en gran parte, dependía de ella. Su corazón se enternecía, y pronto se convenció de que cuanto más quería evitarlos, tanto más crecían su interés y piedad por Vinicio. A veces consideraba como deber sacrosanto permanecer junto á él, porque su doctrina le ordenaba devolver bien por mal y para convertirle á su fe. Mas su conciencia le reprobaba el que se expusiera á la tentación, ya que tales pensamientos se los inspiraban el amor y la fascinación que sobre ella ejercía el joven tribuno. Así vivía en una lucha continua y cada vez más áspera. Le parecía con frecuencia que se hallaba presa en una red, en la cual, merced al esfuerzo que hacía por salir, quedaba siempre más envuelta. No podía ocultarse que la voz de aquel hombre le era cada vez más grata, su vista más indispensable y que ejercía presión sobre sí misma para vencer el deseo de estar constantemente á su lado. Cuando, al acercarse á Vinicio, en el rostro de éste se reflejaba su ardiente amor, el corazón de Licia palpitaba de contento. Un día, al notar sobre sus mejillas huellas de llanto, sintió por primera vez el deseo de enjugárselo con sus besos. Asustada de la audacia de tal pensamiento, pasó la noche entera llorando amargamente.

Vinicio, entretanto, daba muestras de una paciencia ejemplar. Si alguna vez sus ojos relampagueaban de ira, procuraba dominarse en el acto y miraba en torno atemorizado, como pidiendo perdón á Licia. Esto la conmovía más que otra demostración cualquiera; no se creía jamás amada con tanto fuego como en aquellos instantes, dulces y pecaminosos á un tiempo. En Vinicio se había operado una transformación real; en sus conversaciones con Glauco podía observarse menos orgullo, y empezaba á comprender que también aquel pobre esclavo y médico, la viuda Miriam, que le velaba con tanta solicitud, y Crispo, que estaba absorto en perpetua oración, eran personas como las demás, y aun cuando el hecho le sorprendiese, se veía obligado á reconocerlo como una verdad. Por Ursus había sentido desde el primer momento una gran simpatía, así es que pasaba días enteros conversando con él; con él, al menos, podía hablar de Licia. El gigante no agotaba el tema de sus narraciones y sintió también desde el principio afectuosa inclinación hacia el enfermo. Licia, á los ojos de Vinicio, había sido siempre una criatura superior, cien veces superior á todos los que la rodeaban, no dejando por eso de prestar atención á aquella gente humilde y sencilla, cosa que no se le había ocurrido hasta entonces, descubriendo en ella rasgos interesantes y característicos que antes no pudo sospechar siquiera.